ESCENA IV.

La casa del músico.

MILLER.—Su MUJER.—LUISA.

MILLER.—(*Muy agitado.*) ¡Lo que dije!

LUISA.—(*Con ansiedad.*) ¿Qué, padre mio? ¿Qué?

MILLER.—(*Corriendo como un loco, de aquí para allá.*) ¡A ver!... la ropa de fiesta... pronto... necesario es que yo le prevenga... Mi camisa con puños... Ya me lo figuré desde un principio...

LUISA.—Por Dios, ¿qué?

LA MUJER.—¿Qué pasa?... ¿Qué hay?

MILLER.—(*Echando al suelo la peluca.*) Aprisa.. id por un peluquero... ¿Qué hay? (*Corriendo al espejo.*) Y no está poco crecida mi barba... ¿Qué hay? ¡Pues qué ha de haber, desollada! Que el diablo anda suelto y todo va á recaer sobre tí.

LA MUJER.—Vaya... ya estamos... yo pago siempre los platos rotos.

MILLER.—Y claro que sí, charlatana... ¿Pues quién ha de ser sino tú? Esta mañana con aquel endiablado caballero... ¿no te lo dije?... Wurm ha cantado.

LA MUJER.—¿Conque esto és?... ¿y por dónde lo sabes tú?

MILLER.—¿Por dónde?... A la puerta aguarda un tuno de casa el ministro que pregunta por el maestro.

LUISA.—¡Yo muero!

MILLER.—Y tú con estos ojuelos de vellosilla. (*Riendo con dolor.*) Bien dice el proverbio: «Cuando pare el diablo en una casa, pare hembra»... verdad.

LA MUJER.—¿Pero cómo sabes que se trata de Luisa? Tal vez álguien te ha recomendado al Duque, y te quiere para su orquesta.

MILLER.—(*Coge el baston.*) Así lloviera sobre tí el azufre de Sodoma... ¡La orquesta!... Sí, alcahueta; tú chillarás las notas agudas y mi baston las de bajo... (*Se echa sobre una silla.*) ¡Dios mio!

LUISA.—(*Se sienta pálida como la muerte.*) Padre, madre, ¡qué susto me da!

MILLER.—(*Levantándose.*) Te juro que si ese chupatintas se pone al alcance de mi mano, si acierta á pasarme por delante... en ese mundo ó en el otro... le he de moler las costillas y el alma. Ya verás cómo le estampo en las espaldas los mandamientos de la ley de Dios, y el Padre nuestro, y todos los libros de Moisés, de modo que hasta el dia de la Resurreccion se vea la traza de...

LA MUJER.—¡Así... así!... jura y alborota el cotarro... Así se espanta al diablo. ¡Dios mio, ayúdanos! ¡Cómo saldremos de este enredo!... ¿qué haremos?... ¿qué partido vamos á tomar?... Habla, di, Miller... (*Corre de aquí para allá gimoteando.*)

MILLER.—Yo me voy ahora á ver al ministro; yo mismo le hablaré y le diré... Tú sabias esto antes que yo, y hubieras podido advertirme. Entonces tal vez se hubiera convencido la muchacha... estábamos á tiempo todavía. Pero no; se dejó prender en las redes, y tú echaste leña al fuego. Ahora, cuidadito con la piel, y con tu pan te lo comas. Yo cargo con la niña y me la llevo á la frontera.

ESCENA V.

FERNANDO, sale muy asustado y sin aliento.—Dichos.

FERNANDO.—¿Ha venido mi padre?

Todos á un tiempo.

LUISA. — (*Con espanto.*) ¡Su padre!... ¡Dios poderoso!

LA MUJER. — (*Juntando las manos.*) ¡El Presidente! Estamos aviados.

MILLER. — (*Riendo amargamente.*) ¡Alabado sea Dios!... ¡Alabado sea Dios!... Ya empieza la danza.

FERNANDO. — (*Corre hácia Luisa y la estrecha contra su corazon.*) Eres mia, mas que le pese al cielo y al infierno.

LUISA. — Soy muerta... Habla; has pronunciado una palabra terrible. Tu padre...

FERNANDO. — Nada, nada, se acabó. Tú eres mia, y yo soy tuyo de nuevo. Déjame tomar aliento en tus brazos... ¡Oh qué terrible instante!

LUISA. — ¿Cuál?... me estás matando.

FERNANDO. — (*Retrocede y la contempla con expresion.*) Ha habido un momento en que una persona extraña se ha interpuesto entre ambos y en que mi amor palideció ante mi conciencia. Mi Luisa cesaba de serlo todo para su Fernando. (*Luisa cae en una silla y oculta el rostro. Fernando corre hácia ella, la contempla sin decir palabra, y se aparta de repente.*) No; nunca; imposible. Es harto pedir, Milady, que yo te sacrifique esta inocente niña. No; por Dios vivo; no puedo violar el juramento que hice, y que relampaguea en sus lánguidos ojos, como el rayo del Señor. Vedla, Milady, vedla, ¡oh padre cruel! ¿Habré de matar á ese ángel? ¿arrojaré al infierno á esta alma celestial? (*Con firmeza.*) Al cielo he de llevarla, y si mi amor es crímen júzguelo Dios. (*La coge por la mano y la levanta.*) ¡Valor, amada mia! venciste; vuelvo victorioso del más temible combate.

LUISA. — No, no; nada me ocultes; pronuncia la tremenda sentencia. Hablaste de tu padre y de Milady... Siento el calofrío de la muerte... Dicen que va á casarse...

FERNANDO — (*Cayendo á los pies de Luisa*) Conmigo, desdichada.

LUISA. — (*Pausa; con voz temblorosa y penosa calma.*) ¡Sea!... ¿Por qué tiemblo? Harto me lo habia dicho el buen viejo... y nunca quise creerle... (*Pausa. Se echa sollozando en brazos de Miller.*) Padre, vuelvo á tus brazos... Perdóname, padre mio... ¿Qué culpa tengo yo de que este sueño fuera tan bello, y tan terrible el despertar?

MILLER. — ¡Luisa!... ¡Luisa! ¡Oh Dios! está fuera de sí... ¡Hija mia; pobre hija mia!... ¡Maldito sea el seductor!... ¡Maldita la mujer que hizo de tercera!

LA MUJER. — (*Se echa gimiendo en brazos de Luisa.*) Dí, hija mia, si he merecido esta maldicion. ¡Dios le perdone á V., caballero! ¿Qué le hizo á usted este cordero para estrangularle así?

FERNANDO. — (*Lanzándose hácia ella con resolucion.*) Sí, quiero dar al traste con semejantes cábalas y romper las cadenas de la preocupacion! Yo elegiré libremente como me acomode; han de temblar los viles ante la obra gigantesca de mi amor. (*Hace que se va.*)

LUISA. — (*Le sigue.*) Aguarda, aguarda. ¿A dónde quieres ir? Padre... madre mia... nos abandona en tales angustias.

LA MUJER. — (*Corre hácia él y le detiene.*) Vendrá el Presidente aquí y maltratará á nuestra hija y nos maltratará á nosotros, señor Walter... ¿y nos abandona V.?

MILLER. — (*Riendo, enfurecido.*) ¡Nos abandona!... ¿Por qué no?... Ella le sacrificó cuanto posee. (*Coge al Mayor y á Luisa por las manos.*) Paciencia, caballero. De mi casa no se sale, sino así... Aguarda á tu padre, si no eres un malvado, y cuéntale cómo te has insinuado en el corazon de mi hija, ¡traidor!... ó vive Dios que (*echándole á su hija con violencia*) será necesario que aplastes antes á esa muchacha, deshonrada por amor á tí.

FERNANDO. — (*Vuelve y se pasea pensativo.*) Verdad que la autoridad del Presidente es grande... y el derecho del padre una gran palabra... hasta el crímen puede ocultarse en esa palabra;... él puede extremar las cosas... pero no hará más que llevar tambien al extremo mi amor por tí... Ven, Luisa; dame la mano. (*La coge con fuerza.*) Tan cierto que no ha de abandonarme Dios en la hora de la muerte... el instante que separe estas manos, será el último de mi vida.

LUISA. — Me das miedo; no me mires; tiemblan tus labios, ¡qué terrible mirada!

FERNANDO. — No, Luisa, no tiembles. No habla por mi boca la locura, sino la firmeza, precioso don del cielo que en un momento decisivo liberta con inusitada fuerza al alma oprimida. Te amo, Luisa; serás mia, Luisa. Voy ahora en busca de mi padre. (*Se va precipitadamente y se encuentra con éste.*)

ESCENA VI.

El PRESIDENTE con numeroso séquito de criados. — Dichos.

EL PRESIDENTE. — (*Sale.*) ¡Aquí está ya. (*Estupor general.*)

FERNANDO. — (*Dando un paso atrás.*) En la casa de la inocencia.

EL PRESIDENTE. — Donde aprende el hijo á desobedecer al padre.

FERNANDO. — Permítenos, no obstante...

EL PRESIDENTE. — (*Interrumpiéndole.*) (*A Miller.*) ¿Es V. el padre?

MILLER. — Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE. — (*A la mujer.*) ¿Y V. la madre?

LA MUJER. — ¡Ay de mí!... Sí señor; la madre.

FERNANDO. — (*A Miller.*) Llévese á V. á su hija; va á ponerse mala.

EL PRESIDENTE. — Es inútil, porque mandaré llamarla. (*A Luisa.*) ¿Cuánto tiempo hace que conoce V. al hijo del Presidente?

LUISA. — Nunca me informé de quién fuese su padre. De noviembre acá que Fernando de Walter me corteja.

FERNANDO. — Diga V. que la adoro.

EL PRESIDENTE. — ¿Le hizo á V. alguna promesa?

FERNANDO. — La más solemne de todas, hace un momento ante Dios.

EL PRESIDENTE. — (*Colérico, á su hijo.*) Ya te haremos confesar luego tu locura. (*A Luisa.*) Aguardo su respuesta.

LUISA. — Ha jurado amarme.

FERNANDO. — Y cumplirá su juramento.

EL PRESIDENTE. — ¡Qué calles, te digo!... ¿Aceptó V. esa promesa?

LUISA. — (*Con ternura.*) Hice otra igual.

FERNANDO. — (*Con entereza.*) La alianza está firmada.

EL PRESIDENTE. — He de echar fuera el eco. (*A Luisa con malignidad.*) ¿Y siempre le pagó á V. al contado?

LUISA. — (*Atenta.*) No comprendo.

EL PRESIDENTE. — (*Con despreciativa sonrisa.*) Pues... quiero decir tan sólo... todo oficio se paga... supongo que V. no concederá gratuitamente sus favores;... tal vez sólo ha recibido V. alguna suma anticipada...

FERNANDO. — (*Furioso.*) ¡Mil rayos!... ¿Qué significa eso?

LUISA. — (*Al Mayor con dignidad.*) Señor Walter, desde este momento es V. libre.

FERNANDO. — Padre, la virtud impone siempre respeto, áun bajo el vestido de la miseria.

EL PRESIDENTE. — (*Soltando la carcajada.*) Graciosa pretension. ¡Obligar al padre á que respete á la manceba de su hijo!

LUISA.—(*Cayendo al suelo.*) ¡ Oh cielos!

FERNANDO.—(*Se dirige al Presidente, espada en mano, pero la inclina al suelo luego.*) Padre, me diste la vida; estamos en paz. (*Envaina la espada.*) Se ha roto todo lazo entre ambos.

MILLER.—(*Que hasta entonces ha permanecido retirado, se adelanta furioso, ora rechinando los dientes, ora temblando de ansiedad.*) Excelencia... el hijo es obra del padre... hablando con el debido respeto... Quien llama á la hija perdida, le da un bofeton al padre... y aquí se devuelve bofeton por bofeton... este es el precio entre nosotros... hablando con el debido respeto...

LA MUJER.—¡ Socorrednos, Señor! Ahora se enoja ese. La borrasca va á caer sobre todos nosotros.

EL PRESIDENTE.—(*Que sólo ha entendido á medias.*) ¿ Con que el tercero tambien echa su cuarto á espadas?... Sólo le diremos á V. una palabra, señor alcahuete.

MILLER.—Hablando con el debido respeto... me llamo Miller... Si Vuecencia desea oir un *adagio*... pero en galanteos no entro yo... Mientras la corte explote tal privilegio, ese tráfico no tendrá que ver con nosotros... hablando con el debido respeto.

LA MUJER.—¡ Por Dios! que estás perdiendo á tu mujer y á tu hija.

FERNANDO.—Estás haciendo un papel, padre mio, para el cual bien podias pasarte de testigos.

MILLER.—(*Se acerca á él con más ánimo.*) Esto es aleman inteligible... hablando con el debido respeto. Vuecencia gobierna y administra el ducado, pero esta es mi casa! Millones de gracias el dia en que pida algo á Vuecencia, pero á un visitante mal criado, yo... le planto en la calle, hablando con el debido respeto.

EL PRESIDENTE.—(*Pálido de cólera.*) ¡ Cómo?... ¿Qué dice V.? (*Se acerca á él.*)

MILLER.—(*Se retira un poco.*) Señor, esta es mi opinion... hablando con el debido respeto.

EL PRESIDENTE.—(*Colérico.*) ¡ Ah tunante! Tu opinion te conducirá á la cárcel... Ea... que vayan por los alguaciles. (*Algunos criados se van. El Presidente se pasea enfurecido.*) El padre á la cárcel, y la madre á la argolla con esa moza. La justicia armará mi cólera. He de tomar terrible satisfaccion de esta ofensa... Pues no faltaba más sino que esta canalla destruyera mis planes é indispusiera al padre con el hijo!... ¡ Ah, maldita gente!... He de cebar mi odio en vuestra ruina. Toda la raza, padre, madre, hija, será sacrificada á mi venganza.

FERNANDO.—(*Adelantándose entre ellos, con calma.*) Nada temais, yo estoy aquí. (*Al Presidente en tono de sumision.*) No te precipites, padre mio. Si algun afecto me tienes, no uses de la violencia. Hay un rincon en mi alma, donde no penetró todavía el nombre de padre... no te extiendas hasta él.

EL PRESIDENTE.—Cállate, y no aumentes mi cólera.

MILLER.—(*Saliendo de profundo estupor.*) Vela por tu hija, mujer... Corro en busca del Duque... El sastre de la corte... Dios me ha inspirado esa idea, seguramente... el sastre de la corte aprende la flauta conmigo... No dejaré de llegar hasta el Duque. (*Intenta irse.*)

EL PRESIDENTE.—Hasta el Duque, dices. ¿ Pero has olvidado que yo soy la puerta por donde se debe pasar, ó romperse el alma? ¡ Hasta el Duque, imbécil!... Inténtalo cuando estés enterrado vivo en un calabozo, oscuro como el infierno, donde no veas la luz ni sientas el menor ruido. Podrás exclamar entonces, al son de tus cadenas: merecido me lo tengo.

ESCENA VII.

Los ALGUACILES. — Dichos.

FERNANDO. — (*Corre hácia Luisa que cae desmayada en sus brazos.*) ¡ Luisa ! ¡ socorredla ! ¡ salvadla !... El susto la mata. [*Miller coge el baston, se cala el sombrero, y se dispone á defenderse. La mujer se echa á los piés del Presidente.*]

EL PRESIDENTE. — [*Á los alguaciles, mostrándoles sus insignias.*] Favor á la justicia, en nombre del Duque. Muchacho, deja á la niña. Esté ó no desmayada, ya despertará á pedradas cuando se vea con la argolla al cuello.

LA MUJER. — ¡ Misericordia, Excelencia, misericordia, misericordia !

MILLER. — [*Alzando á su mujer.*] De rodillas ante

Dios, zorra, llorona,... y no delante de estos miserables ; ¡ de todos modos me han de prender !

EL PRESIDENTE. — (*Mordiéndose los labios.*) Mira no te engañes, perillan. Aún hay sitio vacante en la horca. (*Á los alguaciles.*) ¿ Habré de decíroslo de nuevo ? (*Los alguaciles se dirigen á Luisa.*)

FERNANDO. — (*Colocándose delante de ella, colérico.*) A ver quién da un paso. (*Tira de la espada y se defiende con la empuñadura.*) Nadie se atreva á tocarla, si no se ha jugado la cabeza... (*Al Presidente.*) No pases adelante, padre, por consideracion á tí mismo.

EL PRESIDENTE. — (*En tono de amenaza, á los alguaciles.*) ¡ Cobardes !... si algo os importa ganar vuestro pan... (*Los alguaciles se acercan de nuevo á Luisa.*)

FERNANDO. — Atrás, con cien mil diablos, repito. Tén compasion de tí mismo, padre ; no me apures.

EL PRESIDENTE. — (*Enfurecido.*) ¡ Así cumplís con vuestro deber, miserables ! (*Los alguaciles se adelantan con mayor ardor.*)

FERNANDO. — Sea ; ya que es fuerza... (*Tira de la espada, é hiere algunos hombres.*) Que la justicia me perdone.

EL PRESIDENTE. — (*Lleno de cólera.*) Veamos si me alcanza á mí tu espada. (*Coge él mismo á Luisa y la confía á un sargento.*)

FERNANDO. — Padre, padre,... ¡ Horrible sarcasmo contra la Divinidad, que tan poco ha comprendido la naturaleza de sus criaturas, que hizo de un gran ayudante de verdugo, un mal ministro.

EL PRESIDENTE. — [*Á los suyos.*] Lleváosla.

FERNANDO. — Padre ; irá á la argolla, pero con el Mayor, el hijo del Presidente... ¿ Persistes todavía ?

EL PRESIDENTE. — Así será más chusco el espectáculo. ¡ Afuera !

FERNANDO. — Coloco sobre esta niña mi espada de oficial. ¿ Persistes todavía ?

El Presidente. — Un hombre que va á la argolla, no debe guardar su espada. En marcha; ya sabeis mi resolucion.

Fernando. — (*Arranca á Luisa de manos de los guardias y la amenaza con la espada.*) Antes de permitir que deshonres á mi esposa, la mataré. ¿Persistes todavía?

El Presidente. — Hazlo, si tan aguda es la espada.

Fernando. — (*Deja á Luisa, y mira al cielo con terrible ademan.*) ¡Dios poderoso! tú eres testigo de que empleé todos los medios humanos... voy á ensayar uno, realmente diabólico... Mientras la envias á la argolla (*al oido del Presidente*) contaré en la Embajada cierta historia que se titula: *De cómo se llega á Presidente.*

El Presidente. — (*Como herido del rayo.*) ¿Qué? ¡Fernando!... ¡Soltadla! (*Corre tras el Mayor.*)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Un salon en casa del Presidente.

El PRESIDENTE. — El Secretario WURM.

EL PRESIDENTE.

TAL negocio es este, en verdad.

Wurm. — Lo que yo temia, señor. La opresion irrita, sin convertirlas, á las naturalezas exaltadas.

El Presidente. — ¡Cuánta confianza tenia en este proyecto! Me decia: cuando la niña esté deshonrada, él, en su calidad de oficial, se verá obligado á retirarse.

Wurm. — Claro que sí, mas para esto era necesario primero deshonrarla.

El Presidente. — Sin embargo, ahora que reflexiono serenamente sobre lo ocurrido, veo que no debia permitir que se me impusiera. Nunca pudo dirigirme en serio semejante amenaza.

Wurm. — No lo crea Vuecencia. La pasion irritada no retrocede ante ninguna locura. Vuecencia mismo me habló de la falta de respeto del Mayor y de la re-